



RACISMO, FACTOR DE DIVISIÓN Y DESIGUALDAD

David Choquehuanca • Rafael Loayza •
Elizabeth Huanca • Rafael Bautista

Racismo, factor de división y desigualdad

David Choquehuanca Céspedes
Rafael Loayza Bueno / Elizabeth Huanca Coila
Rafael Bautista Segales

RACISMO, FACTOR DE DIVISIÓN Y DESIGUALDAD

SERIE CONVERSATORIOS EN DEMOCRACIA

Nº 1



Vicepresidencia del Estado
Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional

BOLIVIA

**FRIEDRICH
EBERT** 
STIFTUNG

Racismo, factor de división y desigualdad
Serie Conversatorios en Democracia, N° 1
Primera edición: agosto de 2021
3.000 ejemplares

Fundación Friedrich Ebert (FES Bolivia)
Av. Hernando Siles 5998, esq. calle 14, Obrajes
Tel.: 275 0005
<https://bolivia.fes.de/>
La Paz, Bolivia

Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia
Calle Mercado 308, Zona Central
Telf. 214 2000
<https://www.vicepresidencia.gob.bo/>
La Paz, Bolivia

Coordinación editorial: José Luis Exeni Rodríguez
Edición: Hugo Montes Ruíz
Diseño de portada: María del Carmen Justiniano Arce
Diagramación: Marco Alberto Guerra
Apoyo en la coordinación editorial: Camila Pemintel Cano

Depósito legal: 4-1-3840-2021
ISBN: 978-9917-605-09-6

Imprenta: Plural editores
Impreso en el Estado Plurinacional de Bolivia

Las opiniones contenidas en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

Este libro se publica bajo licencia Creativa Commons:
Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Esta licencia permite a otros descargar y compartir esta obra con otros siempre y cuando se atribuya la autoría y fuente de manera adecuada. No se permite, sin embargo, cambiar de forma alguna los contenidos ni crear obras derivadas o hacer un uso comercial.



Índice

Presentación	7
Palabras de inauguración <i>Jan Souverein</i>	11
Palabras de apertura <i>David Choquebuanca Céspedes</i>	15
Racismo y representación social: La politización de la identidad y la racialización de la política en Bolivia <i>Rafael Loayza Bueno</i>	21
Racismo y otras formas menos visibles de subalternización <i>Elizabeth Huanca Coila</i>	31
Para una crítica ontológica del racismo <i>Rafael Bautista Segales</i>	41
Rondas de preguntas y respuestas	49
Palabras de cierre <i>David Choquebuanca Céspedes</i>	65
La y los autores	69

Presentación

Los “Conversatorios en democracia” son una iniciativa conjunta entre la Vicepresidencia del Estado Plurinacional y la Fundación Friedrich Ebert (FES). El propósito es impulsar espacios de diálogo plural y deliberación pública orientados a la reflexión compartida sobre diferentes temas de interés colectivo en torno al proceso de transformaciones en Bolivia.

Así, sobre la base de estudios e investigaciones, análisis comparados, datos, publicaciones, conocimientos diversos, historias de vida y experiencias, se busca cultivar un ejercicio de intercambio de saberes y de traducción intercultural. Para el efecto, se espera congregar a diferentes actores sociales, institucionales, territoriales, sectoriales y políticos.

Por su naturaleza, los “Conversatorios” tienen carácter público y deliberativo. Constituyen pues un espacio permanente para alentar la concurrencia de distintas voces que, desde concepciones y prácticas diversas, expongan y debatan ideas que abonen la reflexión colectiva en democracia.

En ese horizonte, el Conversatorio inaugural, realizado en mayo de este año en el Hall de la Vicepresidencia del Estado, se ocupó de un tema fundamental: Racismo, factor

de división y desigualdad. La premisa es que el racismo es un asunto de creciente análisis y debate en la región, y está en el centro de las tensiones irresueltas de la historia larga en Bolivia.

El racismo, asociado a lo étnico-cultural, genera jerarquías basadas en el color (o pigmentación) de la piel. En nuestras sociedades es un factor de desigualdad, de explotación, de opresión, de segregación y de discriminación. Y también fuente de división. Si bien desde enfoques como la “ideología del mestizaje” o el “multiculturalismo” se busca atenuar e incluso negar el racismo y su herencia (neo)colonial, persiste una jerarquía étnico-racial, con primacía de la “élite blanca”.¹

De ello se ocuparon, en un encuentro con amplia concurrencia de público, el vicepresidente del Estado Plurinacional, David Choquehuanca, y tres reconocidos panelistas que con diferentes miradas abordaron el tema: Rafael Loayza, Elizabeth Huanca y Rafael Bautista. Sus exposiciones, así como la ronda de preguntas y respuestas, están contenidos en esta publicación.

Este primer cuaderno inaugura a su vez la serie editorial “Conversatorios en democracia”, que difundirá periódicamente los diálogos realizados en el ámbito de la iniciativa con el mismo nombre. Estamos seguros de que serán de utilidad para ampliar la reflexión sobre diferentes temas de preocupación colectiva en nuestro país.

1 Un insumo relevante al respecto es el número 292 de la revista *Nueva Sociedad* (marzo-abril 2021), cuyo tema central es “Etnicidades y racismo en América Latina” (<https://nuso.org/revista/292/eticidades-y-racismo-en-america-latina/>). Es importante también el libro *Racismo y poder en Bolivia*, de Fernando Molina. La Paz: Oxfam y FES, 2021. (<http://library.fes.de/pdf-files/bueros/bolivien/17562.pdf>).

Lo ponemos pues a su disposición y consideración, reiterando nuestra convicción en favor del diálogo plural, los encuentros diversos y la deliberación informada en democracia.

David Choquehuanca Céspedes
Vicepresidente
del Estado Plurinacional

Jan Souverein
Director de la FES Bolivia

Estado Plurinacional de Bolivia, agosto de 2021.

Palabras de inauguración

Jan Souverein

Director de la Friedrich-Ebert-Stiftung (FES) en Bolivia

Es un placer y un privilegio darles la bienvenida a este evento, el primer Conversatorio en democracia, con el tema “Racismo, factor de división y desigualdad”, impulsado por la Friedrich-Ebert-Stiftung (FES).

Estamos profundamente convencidos de la necesidad de un diálogo, del debate político público como elemento imprescindible de la democracia, la deliberación crítica acerca de temas importantes para la sociedad boliviana, para la política y economía de su país, con diferentes voces y opiniones entre actores diversos. Es sumamente importante para el funcionamiento de la democracia –en eso coincidimos con la Vicepresidencia–, y por lo tanto hemos decidido juntar fuerzas para ofrecer de forma conjunta este tipo de conversatorios.

Queremos convocar a diferentes especialistas, expertos y expertas en las respectivas temáticas, para que conversen e intercambien criterios, por eso este evento es abierto al público, para que quienes estén interesados puedan escuchar y participar. Por lo tanto, quiero agradecer cordialmente al vicepresidente, David Choquehuanca, por haber aceptado

nuestra propuesta de realizar conjuntamente este ciclo de conversatorios. Estoy seguro de que serán eventos gratos y valiosos.

El tema del conversatorio de hoy es, como ya lo mencioné, el racismo. Es un tema trascendental para Bolivia, y para nosotros en la FES no es un tema puntual, sino que va de la mano con el último número de nuestra revista latinoamericana *Nueva Sociedad*, que está dedicado justamente a este tema, con reflexiones desde diferentes miradas, desde diferentes países, de diferentes personas, entre ellas el panelista de hoy, Rafael Loayza. La revista ya está disponible para ustedes a fin de que puedan leerla. También hemos copublicado un libro de Fernando Molina, *Racismo y poder en Bolivia*, que se ha publicado hace poco y lo presentamos ayer en un evento público virtual que contiene reflexiones muy interesantes sobre la temática.

Entonces, ¿por qué hablamos del tema racismo?, ¿por qué lo ponemos sobre la mesa? Porque implica beneficios y privilegios para unos y desventajas y obstáculos para otros. Porque genera una situación de gran desigualdad en oportunidades de acceso a la educación, la cultura, el trabajo, debido a la etnia y al color de piel; eso se opone profundamente a nuestro objetivo de una sociedad más justa, y además genera divisiones que llevan a inestabilidad social y política. El racismo es uno de los mayores obstáculos para avanzar hacia una sociedad más justa, y creo que hay que entender bien el fenómeno para plantear formas de reducirlo y, ojalá, eliminarlo.

Está claro que Bolivia, en los últimos años, ha hecho grandes avances hacia una sociedad menos injusta, con mayor inclusión y participación de grupos anteriormente excluidos. Sin embargo, también está claro que el camino por recorrer todavía es largo. Entonces, espero que eventos como este contribuyan al mejor entendimiento de los mecanismos a

través de los que funciona el racismo, cuáles son sus impactos y cómo se lo puede enfrentar. También espero que este sea el primero de muchos encuentros más entre la Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia y la FES.

Quiero terminar agradeciendo otra vez al vicepresidente, a los panelistas y a ustedes por acompañarnos, y también a las personas que nos están viendo a través de la transmisión en Facebook.

Muchas gracias.

Palabras de apertura

David Choquehuanca Céspedes

Vicepresidente del Estado Plurinacional de Bolivia

¡*Jallalla*, hermanos! Buenas noches. Según nuestra wiphala, “*jallalla*”, y según está tricolor, “buenas noches”; ambas se complementan.

Hermanos, es bien importante que podamos dialogar, conversar, recuperar el principio de que también esté nuestra wiphala, que es el *aruskipasipxañanakasakipunirakispa*. Es una sola palabra que significa: “obligación de dialogar, de comunicarnos”, porque todos somos hermanos y hermanas.

Necesitamos conocernos, conversar, soñar todos en comunidad, junto a nuestras montañas, a nuestras abejas. A propósito, hoy es el Día Mundial de las Abejas. Cuán importante es proteger y escuchar a nuestras abejas. Yo recuerdo que Einstein nos dijo en los últimos días de su vida, en los que reflexiona sobre la vida, dice: “El fin de la civilización occidental empieza con la desaparición de las abejas”.

Tenemos que reflexionar en este día y necesitamos conversar sobre varios temas; en esta ocasión, hablaremos sobre el racismo. La palabra raza no existe en nuestros idiomas. No hay en aymara, en maya, en mojeño, en guaraní ni en

quechua; no existe porque no había racismo en la cultura de la vida en las culturas milenarias; no había racismo. Vivíamos hermanados todos. No había desprecio. Vivíamos la sociedad de la unidad, por eso no existe la palabra raza. El racismo llega a nuestro continente un 12 de octubre de 1492. Muchos de los que estamos aquí, sobre todo las personas mayores, debemos recordar en los textos, en las escuelas nos decían que el 12 de octubre es el Día de la Raza porque ese día llegó, hace 500 años, el racismo a nuestro continente.

El racismo llega con la Colonia, con el colonialismo. No es parte de nuestra cultura, no es parte de la cultura de la vida, de la paz. Es más, es un atentado a la cultura de la vida, a la cultura de la paz; el racismo no es parte de nuestro camino.

Nosotros no somos racistas. Nuestra lucha es contra los *q'aras*. Los *q'aras* o *q'arayana* no es el blanco. En quechua blanco es *yuraq*, el *yuraq runa* es una persona blanca, en aymara es *janq'u jaqi*, y ustedes no van a escuchar a los quechuas decir: “que mueran los *yuraq runas*”. No van a escuchar decir “que mueran los *janq'u jaqi*”.

No estamos nosotros contra ellos, sino contra el *q'ara*. ¿Y quién es el *q'ara*? Es aquella persona que no tiene nada, que no tiene principios, valores, ética, que no sabe trabajar y que no tiene sentimientos. Es vacío de todo y nuestra lucha es contra esas personas.

Cuando llegan el racismo con el colonialismo, el invasor nos dice a nosotros: “Te niego tu condición humana”. El invasor nos niega nuestra condición humana, dice que nosotros no tenemos alma, que somos animales, que nos tienen que civilizar.

A nuestras hermanas que venían del campo, por necesidad, y tenían que ir a ayudar algunas casas, les decían empleadas domésticas. Necesitaban ser domesticadas, y cuando

ya les enseñaban a preparar alguna comida, les decían: “ya están domesticadas”. Las tenían que domesticar primero y ellas mismas se han organizado como empleadas domésticas, tenían su organización.

El colonialismo nos ha inferiorizado y nos han hecho creer que nosotros somos inferiores. Por ejemplo, Europa es superior a los que estamos en Latinoamérica, o los de la ciudad son superiores a los del campo, que el indio no tiene capacidad de gobernarse, de autogobernarse.

Incluso en el Convenio 169 de la OIT, en la parte introductoria donde se expresa su filosofía, dice que nosotros necesitamos protección porque somos menores de edad, que nosotros no podemos, no tenemos ideología, que tiene que venir de afuera.

Los quechuas tenemos nuestro *yuyay* (memoria) que ha resistido durante más de 500 años. *Yuyay* igual ideología de la vida, de la unidad, de la paz. O *amuyu* (pensamiento), tenemos nuestro *amuyu*, y a los aymaras, si les preguntas, te van a responder con fuerza, con energía, que sí.

Somos *jaqi*, somos personas. No somos bastardos, ni animales. Pero el racismo nos ha dividido. No solo eso, sino que el racismo ha despreciado nuestra cultura, nuestra lengua y a nosotros mismos. Somos resultado de ese sistema de educación que se imparte en las universidades, desde la escuela, y nosotros mismos hemos empezado a sentir vergüenza de nuestros idiomas, de nuestras lenguas.

En Bolivia, nuestros idiomas no estaban reconocidos en la Constitución Política del Estado. Recién en 2009 hemos incorporado el reconocimiento a nuestros idiomas al igual que nuestra wiphala, nuestra sagrada hoja de coca, nuestros principios: *ama suwa*, *ama llulla*, *ama qhilla* y el Vivir Bien.

Hemos establecido una Constitución Política del Estado para construir una Bolivia unida, más democrática, más participativa, más incluyente y más transparente. Estamos en

ese camino de sembrar esperanzas para superar todos estos males, porque el colonialismo no solo nos ha humillado, nos ha despreciado y nos ha marginado. El colonialismo nos ha infectado con el racismo, estamos infectados. Nos ha infectado con el individualismo, con el egoísmo, con el odio.

Pero no solo nos ha hecho eso el colonialismo, sino que el colonialismo nos ha robado. Por eso estamos mal. El racismo nos ha hecho mucho daño, no solamente a nosotros, ¿dónde no hay racismo? El racismo es parte del capitalismo, pero nos estamos empezando a levantar y la wiphala nos convoca, nos dice que todos somos hermanos, que todos los que nos alimentamos con la leche de la Madre Tierra, que es el agua, somos hermanos.

Pero no solo los seres humanos nos alimentamos con la leche de la Madre Tierra que es el agua, las plantas y los animales también se alimentan. Por eso buscamos armonía, no solamente entre los seres humanos sino entre y con la naturaleza.

Eso también podríamos verlo como racismo, nos han separado, nos han alejado de nuestra Madre Tierra, de nuestra Pachamama. Y nuestra wiphala nos dice a nosotros que cada uno de nosotros somos del tamaño que somos nomás, ni más ni menos, y todos nos complementamos.

El arquitecto no es superior al albañil, ni inferior; el campesino no es inferior ni superior al ingeniero agrónomo. Nos necesitamos, nos complementamos, pero necesitamos hablar estos temas, no solamente en estas conferencias, no esperar que alguien nos convoque. Necesitamos hablar en nuestra cooperativa, con el maestro, en nuestras casas, en la escuela y nuestros barrios. *Aruskipasipxañanakasakipunirakispa*, obligación de comunicarnos, obligación de dialogar.

Me han dicho que tengo que dar las palabras de inauguración. Bueno, vamos a pedir permiso a nuestros *achachilas*, a

las montañas, a nuestras autoridades, a todos ustedes. A los que han organizado este evento, a los que van a reflexionar también sobre el racismo, a nuestros hermanos mayores, al abuelo fuego, y con el permiso de todos, vamos a dar por inaugurado este conversatorio.

¡fallalla, hermanos!

Racismo y representación social: La politización de la identidad y la racialización de la política en Bolivia

Rafael Loayza Bueno

Estoy leyendo un libro de Richard Dyer (sociólogo británico) que se titula *Blanco*.

Este texto explica cómo la percepción racial (que deriva en el racismo) se construye a partir de una *representación* (de un imaginario) con la que (en el caso que aborda el libro de Dyer) los “caucásicos o blancos” en las sociedades postcoloniales de América y Europa son personificados y categorizados.

El prólogo lo escribió un comunicador de la universidad de París que se llama Máxime Cervulle y ahí explica, de forma muy interesante, como la *representación racial* es como la miopía:

Los músculos del ojo que rodean al cristalino permiten que la luz se enfoque en la retina.

Podemos ver apropiadamente, pues nuestra vista se ajusta por las contracciones de estos músculos.

¿Pero qué pasa cuando los músculos del ojo no ajustan la imagen?

Pues la imagen se opaca y se deforma.

Tal como dijo Frantz Fanon en *Los condenados de la Tierra*, el ojo (miope) se ahoga desbordado por el flujo de las lágrimas (el ojo llora). Y ahogado en lo que sería la “representación violenta de la imagen deformada”, cree ver bien “falsamente”, pues las lágrimas actúan como lentes de aumento”.

(Cervulle, en Dyer, 2017, p. xii)

Claramente, tal distorsión se presenta a sí misma de forma transparente haciendo que el objeto real exista independientemente de su representación, alterando así, de forma inmediata, la percepción real del objeto.

Bueno, Cervulle utiliza la metáfora del ojo miope para explicar la *representación racial*, planteando que esta, más que el reflejo, es la reconstrucción del sujeto a partir de una mirada unilateral, subjetiva y prejuiciada.

Es decir que la representación no es objetiva y es, más bien, una idealización. Ciertamente, la *representación racial* es una deformación del objeto real, pues los sujetos sociales son recreados (imaginariamente) a partir de estigmas y estereotipos (que vienen a ser las deformaciones de la imagen). Aquí cabe preguntarse ¿cómo funcionan las representaciones raciales en Bolivia? O, mejor dicho, ¿qué tanto hemos deformado la imagen del otro a partir de estigmas y prejuicios?

A diferencia del ojo que no interactúa con el objeto real o deformado, una sociedad con “miopía racial”, produce y reproduce (en la interacción rutinaria) aquellas deformaciones y distorsiones somatizándolas en los procesos de integración social.

El año 2018 me tocó dirigir una investigación para el Centro de Investigación Boliviano de Estudios Sociales y de Comunicación (CIBESCOM) de la Universidad Católica

Boliviana sobre racismo en la interacción pública rutinaria (“Las caras y taras del racismo”). En esta investigación logramos explorar la extensión de las representaciones raciales (de esas imágenes deformadas a partir del prejuicio, el estigma y el estereotipo) en una encuesta en el área metropolitana de La Paz y El Alto y en una docena de grupos focales.

Para lograrlo, dividimos las representaciones en dos categorías analíticas:

- Aquellas en las que los propios individuos se presentan a sí mismos (como por ejemplo la etnicidad). A estas las denominamos *autoafirmación*.
- Y aquellas en las que los sujetos son representados por el otro (la representación racial). A estas las denominamos *personificación*.

Estos son los principales hallazgos.

Autoafirmación

En el imaginario social, la *autoafirmación* étnica en Bolivia tiene correlación positiva con la pobreza (los indígenas están representados como pobres, los no indígenas como ricos). Y esta representación (este prejuicio) funciona incluso por encima de la realidad.

Así, la adscripción o la negación de la etnicidad son la implicación empírica de una “asociación o conexión” entre la identidad y la distribución del ingreso.

El estudio mostró que esta distinción produce una tensión (que podría definirse como racial) entre “indígenas” y “no indígenas” que aparece en la interacción pública rutinaria, en los escenarios de la membresía de grupos informales, en el empleo y en la asignación administrativa.

Por lo tanto, la correlación entre etnicidad y clase social es la primera instancia de politización de la identidad étnico-racial.

En términos políticos, si para los indígenas la adscripción étnica es un acto de afirmación de ascendiente común, para los “no indígenas” la “negación” de tal condición es la que tiene carácter político. Es decir, mientras el indígena afirma ser tal cosa, el “no indígena” niega ser el otro.

En este punto no solamente me refiero a cómo los castellanohablantes en los sucesivos censos (2001, 2012) escogieron entre las opciones de ascendiente étnico aquella que no se anexa a grupo alguno sino a las implicaciones políticas derivadas de semejante elección.

Por ejemplo, en las dos últimas elecciones generales (2014 y 2020) las preferencias mayoritarias de quienes niegan tener ascendiente étnico (de los no indígenas) referidas a la representatividad estatal republicana y a la posición política opositora se plantean opuestas a las preferencias de los “indígenas”, que se sienten representados por la calidad plurinacional del Estado y son afines al MAS.

El 75% de los no indígenas que votaron por la oposición (en ambos procesos) dijeron aspirar al regreso de la República como forma organizativa del Estado.

Estos datos nos permiten concluir que las comunidades sociales no solo están diferenciadas por su ascendiente y sentido de origen común –por su percepción intersubjetiva de saberse originarios o forasteros– sino también por su cultura política y sentido de “destino común”.

Así, los bolivianos se representan polarizados entre “indígenas” *plurinacionalistas* y “no indígenas” *republicanos*, que más allá de sentirse bolivianos primordialmente, no avizoran un destino común a través de la política.

Personificación

El efecto práctico de que las comunidades sociales en Bolivia tengan un sentido de origen y destino común diferenciado produce tensiones axiomáticas en la categorización del otro (en la representación racial).

Así, la *personificación* ha separado a los bolivianos a partir de la percepción racial de quien no le es afín étnicamente.

Aunque parecería que la encarnación racial elude la concertación en las categorías opuestas (“indígena”/“blanca”), pues la adscripción mayor se encuentra en el mestizaje (como plantea Peter Wade). En efecto, gran parte de quienes niegan el ascendiente étnico (el 80% de ellos) se adscriben a la categoría de mestizo, pero correlacionan sus preferencias políticas a la añoranza del regreso de la República.

Por otro lado, la mayoría de quienes lo hacen (quienes se adscriben a una etnicidad) internalizan su personificación de indígenas (el 70%).

Por lo tanto, si la negación del ascendiente étnico es el aspecto notable de la autoafirmación del “no indígena”, el ocultamiento de su racialidad es el más interesante de su personificación. Así, mientras los “indígenas” plantean con transparencia los aspectos raciales de su identidad, los “no indígenas” los mimetizan con su posición económica.

Por ejemplo, la correlación positiva del voto opositor con la adscripción “no étnica” muestra que, aunque el “castellano hablante” dé la sensación de no estar racializado, pues se adscribe prioritariamente en la categoría de “mestizo”, se comporta como si lo estuviera.

Tal como en la etnicidad, la complicidad entre racialidad e ingreso es la que parece mostrar a los bolivianos diferenciados (segregados) y jerarquizados (discriminados) a partir de las percepciones sobre la calidad de su economía (formal o informal), el carácter de su trabajo (empleado o

empleador) y la función de su oficio (proveedor o consumidor).

Precisamente, está claro que los aspectos más internalizados de la representación racial tanto de “indígenas” como de “ningunos” tienen que ver con su estratificación de clase y los procesos de diferenciación resultantes de aquella.

Ciertamente, los “indígenas” han internalizado su condición “proletaria” (poderes económicos emergentes incluidos), y los “no indígenas” su condición “burguesa”. Entonces, a partir del hecho de que los “unos” se representan como “aburguesados” mientras los “otros” de “proletarizados”, la personificación se politiza y hace que los indígenas –tal cual ocurrió con la autoafirmación– prefieran un gobierno del MAS y los “no indígenas”, cualquier alternativa frente a este.

Tomando en cuenta que las encuestas del CIBESCOM mostraron que la polaridad se expresa también en el hecho de que los “unos” prefieren la empresa la privada y los “otros” pública; en el *summum* del cliché, los “indígenas” serían “socialistas” y los “no indígenas” capitalistas.

Aún cuando la identidad es variable y vulnerable, como lo es en general en la sociedad moderna, el estudio del CIBESCOM muestra con claridad que las aspiraciones de origen y destino común aparecen opuestas en cada uno de los segmentos racializados.

Entonces, el etiquetamiento de los “no indígenas” como “ricos” y los “indígenas” como “pobres” es representado como una pugna en el que un grupo se constituye en la “amenaza real” al bienestar del otro.

Allí, la autoafirmación y la personificación se combinan fijando relaciones específicas de conflicto, que son las que están racializando la política en Bolivia.

Estas representaciones (subjetivas y deformadas) –pues están encaramadas en la percepción miope de los “unos” respecto a los “otros”– muestran a los “no indígenas”

caracterizados como poderosos, autoritarios y conservadores (capitalistas) y a los “indígenas” como pobres, explotados y rebeldes (socialistas).

Esto hace que la conjunción entre el ascendiente étnico (o no étnico) con la condición económica y las aspiraciones políticas de los bolivianos esté ideologizada y, por lo tanto, profundamente politizada.

Como hemos dicho, estas conjunciones están parceladas ciertamente según el ascendiente étnico, a partir de sentidos distintivos (diferenciados por la autoafirmación y la personificación) de origen y destino común.

Es decir que mientras los indígenas reclaman tener un ascendiente “indígena originario”, que les daría ciertas prerrogativas sobre el derecho prioritario de gobernar el país (si se lo pudiera decir así) y por extrapolación, los “ningunos” declaran esas mismas prerrogativas basados en su competencia histórica, economía y cultural; entre ambos existen la percepción el que el “otro” es ajeno a las aspiraciones de origen y destino del mundo social que habita cada “uno”.

Dyer diría que la representación racial del no indígena expresa “los roles y funciones” de los españoles “coloniales”. De esta manera, las cualidades del personaje que las convoca y las practica, que representa su rol de “castellanohablante no indígena”, es el espíritu de la extensión contemporánea del colonialismo.

Sin embargo, es un error pensar que la conciliación de la nación boliviana viene de la mano de la extirpación del no indígena del poder político. En este lamentable sentido, la descolonización diseñada para combatir la anomalía ha sido ejercitada desde el prisma electoral (desde la reproducción del poder político partidario) y ha derivado en un mecanismo de estigmatización y agravio antes que de resolución y consenso.

Claramente, a las conjunciones preexistentes entre imaginario racial y político, que han asociado al castellanohablante

con la representación política opuesta al plurinacionalismo, se han adherido demandas de exclusión social del “no indígena” en aras de la preservación de la calidad multiétnica de Bolivia.

Hay que decirlo con claridad, el estudio muestra que los bolivianos “no indígenas” se sienten “excluidos” del Estado Plurinacional, por eso lo rechazan en la socialización política, porque este no les ha dado una representación política plural.

Es más, la política los ha representado como sujetos potencialmente nocivos y forasteros a la plurinacionalidad. Esto tiene efectos prácticos en su sentido de pertenencia nacional, ya que su apropiación de la nacionalidad boliviana venía de la práctica de su poder político.

En este contexto, su sentimiento de pertenencia se ha volcado en una consciencia de dislocamiento de su rol central en la historia de Bolivia. Es decir, que en la disyuntiva de ser un extraviado o un antisocial, se han convertido en revolucionarios (o contrarrevolucionarios según cómo se lo mire). ¿Será por eso que las clases medias parecen haber tomado la vanguardia y los métodos de la protesta social popular?

Permítanme terminar con una reflexión sobre el debate reciente respecto al racismo en Bolivia:

Michael Banton afirma que la palabra “racismo” (en su aparición como categoría analítica en la sociología de 1930) se usaba para denunciar una doctrina que en esencia planteaba que las “razas determinan la conducta cultural”.

Posteriormente, en los años sesenta se ha transformado en una narrativa para alertar sobre la existencia de estructuras y políticas de inequidad social. Hoy, en el mundo y en la Bolivia modernos, ha mutado en una imputación para representar al otro en calidad de antisocial.

Ya sea que la categoría analítica del “racismo” es un recurso para denunciar el determinismo biológico y cultural, para alertar a la sociedad sobre la “estructuración” de

la inequidad o para representar al otro como una amenaza práctica al bienestar de uno, se ha convertido en una idea esencialmente política.

Esto tiene ventajas y peligros. Por un lado, la politización del debate sobre el racismo puede permitir la generación de consciencia y eventualmente el impulso hacia las políticas públicas tendentes a combatirlo.

Pero por el otro lado, al haberse transformado en una imputación de rédito electoral (desde los propios foros del análisis político e incluso académico) en un contexto de polarización racial como el que vive el país, corremos el peligro de que se convierta en una herramienta más de hostilidad, tan potente como su penosa prevalencia en la sociedad.

Muchas gracias.

Racismo y otras formas menos visibles de subalternización

Elizabeth Huanca Coila

Muchas gracias, hermano vicepresidente, por esta oportunidad de compartir en este diálogo que tú bien lo planteas, en esta necesidad de comunicarnos de ida y de vuelta y entre diversos también. Muchas gracias también al director de la Fundación Friedrich Ebert (FES) por esta convocatoria, a los colegas investigadores, bastante reconocidos, a Rafael, a Jiovanny Samanamud también por la introducción.

Soy Elizabeth Huanca Coila, evidentemente soy una mujer aymara de comunidad. He tenido la oportunidad de estudiar y tal vez de llegar aquí, y compartir estos conocimientos y hablar el castellano un poquito bien y poder expresarme mejor que mis hermanas y mis hermanos que tal vez no pueden compartir en estos espacios.

Yo no voy a hablarles de las categorías analíticas ni tampoco desde grandes estudios, sino, más bien, desde una mirada activista militante del racismo como un factor objetivo y subjetivo, desde una mirada de una india racializada. Existen definiciones ya claras sobre lo que es el racismo.

Una de ellas es la retórica de su origen histórico, para mí, con el riesgo de dejarla en el pasado y devaluar su significado

real en el cotidiano presente. Es decir, podemos caer en ese manejo, digamos, del concepto de racismo, qué es desde hace 500 años, qué se ha formado con la colonización y qué es lo que pasa ahora. Podría devaluarse y dejar atrás lo que se ha formado en estos momentos y lo que tenemos, que son estructuras e instituciones y prácticas que reproducen los lugares y los valores que le dan a este racismo.

Prefiero quedarme con una definición más indianista y macusaísta¹ sobre racismo. Como síntoma, es un tipo de relaciones sociales con jerarquías y controles definidos, matizados por un conjunto de ficciones de raza, varias guerras, como ha comentado Rafael Bautista. Me sitúo en el repaso de la memoria de agravios históricos que se reinventaron y siguen generando agravios con nuevas etiquetas, con un *marketing* moderno muy bien planteado y nuevos racismos como un modo de dominación, inferiorización, invalidación y subalternización: es decir, no estoy hablando solamente de simples relaciones de discriminación.

En suma, es el mecanismo de poder que funcionaliza el orden y el lugar marcado y desigual para el sujeto o la sujeta, dependiendo de su condición. Racismo como negación del principio de igualdad, no nos olvidemos eso. Eso sí, hay que dejar claro que discriminación no es lo mismo que racismo, por si acaso. Estos aspectos nos advierten y muestran que no resulta fácil desmontar estas relaciones racializadas que vivimos en el país, y tal vez en el continente y en el mundo.

Con nuevas instituciones o con leyes, o la misma Constitución –que es tan amplia, progresista, etc.– o con acciones

1 En referencia a la línea de pensamiento propuesta por Carlos Macusa, escritor indianista alteño, autor de “*En Bolivia no hay racismo, indios de mierda*”: *Apuntes sobre un problema negado* (El Alto, 2020) y *Batallas por la identidad, indianismo, katarismo y descolonización en la Bolivia contemporánea* (La Paz, 2019), entre otros libros. (Nota del editor).

que parecen avanzar hacia un probable proceso de descolonización. Este, en realidad, es un tema estructural que se nutre, además, de otros factores como el patriarcado, el colonialismo o la desigualdad.

Hay indios en todos los paneles y su simbología está presente en todas las cuestiones formales. Poner una cholita guapa o una cambita con tipoy o una tarjeñita *top model* no es suficiente para transformar las subordinaciones, las desigualdades, la violencia de las relaciones e inferiorizaciones, o simplemente no alcanza para sacarnos de los procesos de deshumanización que enfrentan o enfrentamos los diversos sujetos y sujetas racializadas.

Considero urgente salir del análisis de la queja, de la acción intelectual o académica con las disculpas del caso, porque creo que es urgente salir y visibilizar lo que es el racismo o las relaciones racializadas que hacen a las mismas relaciones de vida, porque desde el activismo y la militancia, considero que somos los excelentes alumnos reproductores de estas relaciones de este colonialismo, de este neocolonialismo implementado por nuestros mismos colonizadores y por nosotros mejorado.

Hemos desarrollado la subalternización e inferiorización en absolutamente todos los niveles, ámbitos y clases. Entonces, ¿qué es el racismo? Es una constante que define las prácticas y los valores políticos, ambientales y culturales validados social y económicamente, es decir, lo que es válido para unos y lo que es inferior para otros; la racialización de las relaciones, que está más allá de las jerarquizaciones, pues atraviesa la validez o invalidez de un sujeto y sus productos.

Por ejemplo, un conocimiento básicamente es más válido que el otro. Ahora mismo hemos visto en todo este proceso de la pandemia cómo los conocimientos, este sistema de salud paraestatal que se ha formado a través de muchas mujeres de las clases populares, de los sectores marginales,

de las áreas rurales, etc., ha generado prácticas de cuidado y protección, sistemas y prácticas de salud, pero que no van a ser reconocidos y no son validados. No, no se convierten en procedimientos formales incluso, que puedan ser replicables y promovidos, ese es un pequeño ejemplo de lo que ocurre en esta relación y, claro, jerarquización de los productos de los objetos realizados.

Tampoco es un atributo de la relación. Entre los mismos blancos se da una relación racializada; todos somos sujetos racializados, en todo momento, en diferentes dimensiones, incluso las omisiones. Somos una sociedad colonial con neo-colonialismos internos que subalternizamos. Despreciamos, desconocemos a otros en diferentes espacios solamente por el hecho de tener una mayor jerarquía en ciertos temas, en ciertas prácticas, en ciertas regiones.

Esta racialización, o el racismo, marca también un orden sobre lo que es válido, lo que está bien, lo moralmente aceptable, lo autorizado socialmente, lo bello estéticamente, los valores y los principios reconocidos. Creo que de eso hay bastantes ejemplos y no voy a abundar en ellos. Lo evidente de estas relaciones racializadas o los reproductores de estas relaciones racializadas se verá precisamente en aparatos y sistemas e instituciones y símbolos que perviven.

No hace mucho fui a la fiesta de Macha, el 3 de mayo. Fui porque se ha implementado, digamos, el primer gobierno municipal autónomo de allá; un gobierno municipal al que los hermanos aspiraban desde hace muchos años. Se ha posesionado al primer alcalde de la localidad con grandes discursos, etcétera. Macha es la tierra de Tomás Katari, la tierra también de Fausto Reinaga, el famoso ideólogo indianista.

Y me ha llamado la atención, por ejemplo, la denominación de una calle Tomás Frías en la entrada de Macha. ¿Por qué me ha llamado la atención?, porque desde el indianismo nosotros hacemos siempre un repaso a la memoria de los

agravios. ¿Qué veo yo desde mi perspectiva indianista?, he visto cómo se permite tranquilamente la pervivencia, la existencia de símbolos coloniales. Tomás Frías fue el que aprobó la Ley de Desvinculación como presidente en 1874, en la que se sancionaba la sustitución de la propiedad colectiva del ayllu por la propiedad individual. Y en esta tierra de Macha, donde se reivindica precisamente los derechos de los pueblos, se reivindica la lucha anticolonial, etc., sigue viviendo este símbolo de racismo y, la verdad, a mí me llamó la atención.

Sin esta claridad desde los mismos indios o desde los mismos descolonizadores, no sé si va a ser posible avanzar hacia una lucha o a la eliminación de las relaciones racializadas. Porque es importante tener una conciencia, una conciencia histórica, una conciencia de los agravios, para poder avanzar también hacia adelante.

El desconocimiento del orden, por ejemplo, por parte del blanco o del titular del poder cuando se trata de minorías o grupos sociales considerados pequeños que desconocen una decisión política simplemente es a veces olvidada o acusada de irracional o que daña el bien mayor, que es la sociedad, sin buscar el fondo que está detrás de esas posiciones o las preocupaciones de estas sociedades. Ahí también tenemos relaciones racializadas.

Simplemente no hay un acercamiento al “otro” porque se lo considera inferior, incapaz de analizar, incapaz de promover, de escribir un orden político, o de cuestionar el aparato neocolonial: normalización de las prácticas de sujetos que sienten y piensan como patrones de concepciones monoculturales desde las burocracias y privilegios que los sitúan en un grupo capaz de dar órdenes porque gozan de un poder en todas las esferas. En ese aparato, por ejemplo, podemos incluir a los medios de comunicación, a los espacios de gestión pública tradicionales, a las instituciones de

apoyo que reproducen estas relaciones estratificadoras e inferiorizadoras.

Por ejemplo, de la secretaria *choca* de un viceministerio que no cree que una Huanca o una Mamani puedan ser jefas de un programa internacional o, por ejemplo, el trato a los sujetos que no se visten completamente bien y cómo todavía se los sigue maltratando, se los sigue subordinado. Yo no tengo que aclarar: “estás hablando con un representante de una organización, no con cualquiera”.

Esto también habla de la ignorancia y de ese pseudopateralismo colonial que todavía llevamos todos los sujetos y las sujetas, habla de las desigualdades. No sé si es mejor hablar de si es primero el huevo o la gallina porque las desigualdades se nutren de las racialidades y las racialidades se nutren de las desigualdades. Aunque sabemos que el origen de las desigualdades ha sido la racialización y las categorizaciones desde la Colonia, tenemos una infinidad de ejemplos allí: por eso es importante iniciar estos procesos de diálogo provocadores, yo creo, y empezar a hablarnos de manera transparente y directa.

En el caso de la educación: ¿cómo podemos tener maestros que reciben un pago adicional porque trabajan en la frontera, maestros que tienen que ir desde otros lugares? No estoy en contra de los maestros, no, pero ¿por qué no promovemos, por ejemplo, maestros locales que puedan trabajar en las escuelas?, porque hay infinidad de comunidades en las áreas fronterizas que tienen que estar vigilando al profesor para que dé clases a tiempo completo, para que no se escape el jueves y para que no llegues el martes. Esos también son los elementos que juegan en estas elecciones racializadas o las clases que ahora están pasando en los colegios fiscales o los colegios periféricos o periurbanos donde apenas se pasa pocas horas, con textos incluso mal escritos que las madres tienen que estar corrigiendo. Entonces ¿qué calidad de educación

estamos dando?, ¿acaso no va a contribuir a las desigualdades?, ¿acaso no va a contribuir a relaciones racializadas?

En cuanto al maltrato y la violencia sobre las mujeres y las wawas, no solamente dependemos de leyes o de procedimientos, también dependemos de una sociedad, una sociedad que no les da, desde siempre, la importancia que les corresponde. Esta es otra pandemia que estamos viviendo con la violencia porque las mujeres simplemente son consideradas sujetos inferiores, menores; son discriminadas. La geografía social también es importante: no es lo mismo hablar de una alteñidad, de los mercados campesinos, del Plan 3.000 de Santa Cruz, de los barrios collas o los barrios de cunumis en el Oriente, estamos hablando de (y estamos frente a) este tipo de sociedad, que también pasa por conocimientos, prácticas y actitudes, y así también hay una infinidad de ejemplos que podemos dar.

Hemos podido ver esto también en el último proceso político que hemos vivido tan fuertemente, que ha profundizado estas relaciones racializadas, que se ha nutrido de estas polarizaciones, ideologizaciones, disputas políticas, donde se ha adscrito o básicamente se ha etiquetado a un sujeto con un partido político, donde el indio que habla lo políticamente correcto o el blanco que también habla lo políticamente correcto, de acuerdo con lo que espera una organización política, es aceptado, pero el indio que es crítico, no. El indio que da discursos deseados por un partido X o por una élite es aceptado, mientras que el indio que no lo hace es “malo”.

El otro elemento es la impunidad sobre los hechos de discriminación y racismo. Siguen impunes los actos de humillación como, por ejemplo, los del 25 de mayo de 2008 en Sucre, o la golpiza contra las mujeres de pollera en Cochabamba. Se ha problematizado bastante, se ha visibilizado lo que ha pasado con las mujeres alteñas, pero no con las mujeres de Cochabamba o con las mujeres en otras regiones. Estamos

hablando de una clasificación política que nutre también este racismo. Hay mucho que podría hablar todavía sobre esto.

Más allá de las quejas, hay otros espacios también, y otras acciones que están desmontando estos racismos. De ahí quiero resaltar, por ejemplo, a las famosas clases emergentes, impulsadas por mujeres andinas que se codean con mujeres no indias y diversas sin ningún problema. Son estas mujeres que están haciendo economía, política, en diversos espacios del territorio boliviano; esas mujeres que también están posicionando una estética contemporánea como la de la chola paceña, la tarijeña, la cochala, exotizada pero también deseada por los otros, ¿no?, que ya no se fija en los estereotipos clásicos; es la que está desarrollando condiciones de acceso social para sus hijos, para sus yernos, para sus ahijados. Es esta mujer que está domando, amoldando, domesticando la modernidad a su sistema y fundamentos a su gusto.

Por lo tanto, también a las instituciones coloniales las adapta a sus necesidades para reconstituirse y reinventarse, reproducirse y reproducirse como soñó. Muchas pueden hacerlo, otras no lo logran simplemente por las desigualdades; a esas precisamente también quiero rescatarlas y a esas quiero hacerles un homenaje porque esas son las que llevan la estirpe *sisá*. Ser, hacerse, pensarse y sentirse *sisá*. *Sisá*, en el mundo aymara, es una flor resistente del campo, una flor que los animalitos pueden arrancar para comer y vuelve a brotar.

Cuando te riñen en tu casa, te dicen “pareces *sisá*” en aymara; ahí se refieren a que tienes un carácter tozudo, persistente e incluso una aproximación de un carácter *larama*. Eso es ser *sisá*, y creo que muchas mujeres en este país están construyendo eso y están precisamente siendo las que aborrecen estas racialidades.

Por eso, cuando se la “toca” (a la chola, a la mujer de pollera), se genera una reacción, como sucedió el año pasado, porque ya no es la cholita o india de segunda; es el eje de

estructuras de vida. Por ello una *wawa* dice “¡que vivan las mujeres de pollera!”, porque tiene claro que se trata de su madre o de las mujeres de pollera de su entorno, las mismas que dieron y dan fundamento a su vida.

Por eso, el desprecio político a la india rebelde genera una respuesta o contestación política, porque la india es la visión modélica que las mujeres de pollera tienen para sus hijas, sus *wawas*, que quieren que se profesionalicen, que sean dueñas de negocios, que sean dueñas de sus vidas y que no se subordinen a las actitudes patronales y patriarcales.

Gracias.

Para una crítica ontológica del racismo

Rafael Bautista Segales

Hermano vicepresidente David Choquehuanca, hermanos presentes y ausentes. Muchas gracias. Estamos aquí para exponer *nuestra* palabra. La palabra de nuestros ancestros. *Aruskiptasipxañanakasakipunirakispawa*. Gracias por recordarnos el precepto deontológico de nuestra cultura: estamos obligados a dialogar siempre en comunidad. Nuestra cultura es la cultura del diálogo, eso nos han legado nuestros ancestros. Todos somos hermanos y hermanas, *brothers and sisters, Brüder und Schwestern*, por eso el diálogo nos sirve para confirmar ese dato vital.

Voy a hacer una crítica al racismo, pero no de carácter culturalista, no me voy a detener en lo fenoménico del asunto; decir que el racismo es una discriminación más o es una “representación óptica”, fenotípica, es apenas la cáscara del asunto; el fenómeno expresa algo, pero el fenómeno no se explica en cuanto fenómeno, el fenómeno se explica a partir de lo que contiene y despliega en cuanto fenómeno. Eso se llama esencia. Pero hasta lo esencial expresa algo más, y eso se llama, en filosofía, el horizonte del ser.

Así que voy a hacer una crítica al racismo, pero como una crítica ontológica, y en ese sentido voy a afirmar que el racismo es el *mito fundacional de la modernidad*. ¿Qué quiero decir con esto?, que sin ese mito no existiría el mundo moderno. ¿Y cómo afirmo esto?, porque el racismo como discriminación fenotípica, siendo apenas el fenómeno, encubre algo mucho más complejo y tiene que ver con lo siguiente: el racismo, en realidad, es una *clasificación antropológica de la humanidad*.

Como *clasificación antropológica*, ha *biologizado* las diferencias humanas, las diferencias culturales e históricas. Ha producido jerarquías naturalizadas entre superiores e *inferiorizados*, generando pretendidos superiores e inferiores señalizados; ha producido algo que nunca se había conocido antes: la *naturalización de las relaciones de dominación*. Por eso ha producido dos ámbitos que usualmente no se tematizan en su debido espesor: el racismo produce la *naturalización de las diferencias* y la *homogeneización de las identidades*.

Como bien se destaca, las identidades homogeneizadas producen fronteras de acceso restringido y también, como defensa de aquello, algo que está presente en el despliegue mismo del racismo en cuanto *mito*, es decir, la pretensión de “pureza”. Sus antecedentes históricos son los “certificados de pureza de sangre” que extendía la Inquisición en lo que posteriormente se ha de llamar España. Porque España, como categoría política, no existe cuando llegan los conquistadores; en 1492 pasan muchas cosas: el 2 de enero expulsan a los moros de la península ibérica, en agosto expulsan a los judíos sefarditas y, cuando Colón toma posesión de la isla que denomina “San Salvador”, la isla Guanahani, la actual Watling, en las Bahamas, lo hace en nombre de los reinos de Castilla y Aragón.

El racismo como *clasificación antropológica de la humanidad* es la base sustantiva de lo que va a ser la división internacional del trabajo. Esta clasificación antropológica es fundamental

para el desarrollo del mundo moderno, porque genera el primer diseño geopolítico imperial moderno: el diseño *centro-periferia*, que, a su vez, es un diseño ontológico, porque en el centro está el *ser*, y en la periferia el *no ser*; en el centro está lo posible y lo deseable y en la periferia está lo indeseable y lo no posible. Pero este diseño ontológico es también un diseño antropológico, porque en el marco del racismo se sostiene que en el centro están los seres humanos, y en la periferia aquellos cuya propia humanidad está en duda.

El racismo –gracias a los prejuicios modernos, que se expresan en su ideología, el eurocentrismo– es visto apenas y se lo estudia como una mera discriminación pigmentocrática. Pero el racismo, *como mito fundacional*, es el caldo mismo donde se cuecen todas las discriminaciones que se despliegan en el mundo moderno, del modo más perverso y nefasto posible. ¿Cómo sucede esto? El racismo, sus verdaderos contenidos, cuando se le aplica la crítica ontológica, es decir, el racismo como *clasificación antropológica*, es la *devaluación absoluta* de la humanidad del “otro”.

Para comprender eso tenemos que usar categorías filosóficas. ¿Dónde y cuándo una totalidad se constituye en sistema cerrado?, donde solamente se desarrolla, o se desarrolla a partir de sus propias posibilidades. Estamos hablando de una totalidad ontológica cerrada. Esa totalidad ontológica crece en la medida en que es capaz de subsumir cualquier tipo de *exterioridad* que se le enfrente; la exterioridad que se le enfrente, si se resiste es aniquilada, si se la conquista es subsumida, pero *como inferior*.

El suelo práctico-histórico donde se consolida esta totalización como negación de toda *exterioridad* es la Conquista del Nuevo Mundo, como la experiencia existencial de un nuevo tipo de subjetividad que ha de aparecer en el mundo moderno y que se expresa en el *ego conquiro*, definido como aquel que domina, que somete, que controla, es decir, la

personificación de los conquistadores. En 1636, con René Descartes, en el *Discurso del método*, que curiosamente se subtítulo *Pour bien conduire sa raison et chercher la verité dans les sciences* (para conducir su razón y buscar la verdad en las ciencias), ese *ego conquiro*, ese individuo autocentrado como totalidad cerrada, va a ser el *cogito ergo sum*, el *je pensé*, el *Ich denke*, es decir el criterio de toda verdad; ese ego ha de constituir toda la racionalidad que la filosofía moderna formalizará como conocimiento superior.

Es curioso cómo en 1550, en la célebre controversia de Valladolid, donde se enfrentan Ginés de Sepúlveda, a favor de la Conquista, y Bartolomé de las Casas, defensor de indios, se produce el argumento fundamental, que hasta el día de hoy funciona de modo secularizado, para afirmar la superioridad exclusiva del conquistador (para evitar malentendidos, cuando critico a Europa lo hago como categoría geopolítica, y cuando critico a la modernidad la voy a criticar como mito civilizatorio).

Ginés de Sepúlveda es el primer justificador del derecho de la conquista, porque ya tenían problemas existenciales, de sentido, al respecto de la violencia inaudita que estaban desplegando los conquistadores en el Nuevo Mundo y que los propios cronistas, además de los curas defensores de indios, estaban develando. Ginés de Sepúlveda sostiene un argumento jurídico que tiene su antecedente teológico. No en vano Ginés de Sepúlveda era lector y traductor de Aristóteles, a quien conocemos como el primer filósofo de la dominación, el que decía *anthropos physei zoon politikon*, que no es lo que repiten, sin saber, los politólogos, que el hombre es un “animal político”. Esa afirmación, en realidad, dice: el hombre es un viviente que habita en la *polis*.

Esa es la primera contundente afirmación de la negación de las personas del campo y la afirmación exclusiva de la superioridad de la ciudad, de la *polis* griega. Entonces, dice

Ginés de Sepúlveda que es *por derecho natural*; el argumento jurídico que utiliza no parte del derecho positivo, sino del derecho natural, que afirma que lo inferior debe obedecer a lo superior, para el bien de todos: es por derecho natural que el niño obedecerá al padre, que la mujer obedezca al marido, y que el indio obedezca al español, y todo eso para el bien de todos, porque es por *derecho natural* que el inferior rinde obediencia al superior.

De ahí nace el *mito civilizatorio*, la dicotomía superior-inferior, que después se va a secularizar como bárbaro-civilizado, como salvaje-civilizado; y aún hoy día, aunque no del mismo modo, la secularización sigue en efecto, porque ahora es desarrollado-subdesarrollado. Ese *mito civilizatorio* está en la base de todos los procesos de dominio y conquista que el mundo moderno ha desplegado desde 1492. Si antes nos decían: “si no te civilizas, por tu bien, te tenemos que aniquilar”, ahora nos dicen: “si no te democratizas, por tu bien, también te tenemos que aniquilar” y es lo que han hecho en el golpe de Estado del 2019.

El *mito* sigue funcionando. Le puedes demostrar al racista, hasta científicamente, que el racismo es un sinsentido, pero no deja de ser racista porque el racismo no está situado en la estructura de un argumento racional, sino que se halla instalado en el *sistema de creencias* de la subjetividad moderna, y en cuanto *sistema de creencias* constituye la cosmovisión que está en la base de toda la racionalidad moderna, como base sustantiva de las ciencias y de la filosofía moderna.

Entonces, el *mito fundacional*, ya expresado por Ginés de Sepúlveda como argumento jurídico, va a fundar la ciencia del derecho moderno desde Jerónimo de Mendieta, pasando por Francisco de Vitoria y el fundador del *ius peregrinandi* o derecho internacional, que es Francisco Suárez. El conquistador, el europeo, el blanco, es sujeto del derecho, pero el indio es objeto de la autoridad, es decir alguien privado de derecho.

Y ese argumento pasa a Thomas Hobbes, a Adam Smith, Montesquieu, Voltaire, Kant, Hegel, Heidegger, la Escuela de Frankfurt, la filosofía analítica, etc. Todos persisten en ese mito fundacional como sistema de creencias moderno, como base de toda la racionalidad moderno-occidental.

Entonces, ¿qué es lo más grave del racismo? No es su apariencia como mera discriminación, aunque eso puede ser criticado moralmente. El problema es cuando se *devalúa absolutamente* la humanidad del “otro” (en primer lugar, del indio y después del afro), se niega sus conocimientos, su forma de vida, su propia ciencia, su propia tecnología, su religión, sus medicinas, sus alimentos, hasta sus propios dioses.

Entonces, en un mundo racializado, cuyo diseño geopolítico es antropológico, lo único deseable y posible es desarrollar el mundo del conquistador, es decir, el proyecto moderno; y el proyecto moderno, para presentarse como el único que puede ser desarrollado, tiene que negar absolutamente los otros mundos como alternativa posible, tiene que aparecer en la formación académica, en los propios investigadores políticos, activistas, etcétera, como lo único racional, verdadero, para que eso sea impulsado como lo único posible y deseable. En cambio, el mundo de los indios es premoderno. Pero aquí lo premoderno no es solamente anterior, es *inferior* y, como *inferior*, no merece ser desarrollado ni hacerse posible.

Ese mundo dicotómico lo ha configurado el racismo como el *marco categorial* –ahora sí, en términos filosóficos–, que está en la base sustantiva de toda la racionalidad moderna. Por eso criticamos la modernidad como proyecto civilizatorio, porque decimos que ese proyecto es, en realidad, un *mito civilizatorio sacrificial de dominación*. Nos han hecho creer que el “salvaje” es el que vive en armonía con la naturaleza, cuando deberíamos decir, más bien, que salvajes son quienes destruyen la naturaleza y quienes están llevando a un límite irremediable de crisis ecológica, que responden a una forma

de vida como impulsora de esta economía de la muerte como es el capitalismo.

En ese sentido, el racismo como *clasificación antropológica* de la humanidad les ha permitido eficiencia y permanencia a las relaciones de dominación porque si las relaciones de dominación han sido *naturalizadas*, hasta los propios racializados conciben su propia vida a imagen y semejanza del dominador, y creen que lo único posible es *ser* como el dominador.

Entonces ¿cuál es la consecuencia de esto?: si quieres ser moderno, si quieres modernizarte, búscate a quién dominar. Eso es ser moderno. Desde la perspectiva moderna, las cosas se nos presentan dramáticamente perversas porque el ser humano es malo por naturaleza, o sea, *naturalizan* lo que es producto de historias de poder y dominación.

Si el mundo moderno tuviese que admitir que su proyecto es un proyecto de dominación exponencial, y que nos está llevando al fin de la humanidad; tendría que admitir lo perverso y nefasto de la base de experiencia de reconstitución continua de la subjetividad moderna siempre *a costa de otro*. La constitución de ese tipo de subjetividad, que se fragua en la Conquista, hasta el día de hoy, no puede proyectar ningún otro tipo de producción de subjetividad si no es siempre desconstituyendo la vida del *otro*, constituido en inferior.

En ese sentido, el racismo no es una mera discriminación. El racismo como clasificación antropológica nos está mostrando que, detrás de toda clasificación social, hay una *clasificación racializada*, y que es lo que sostiene la contundencia de toda clasificación social.

Por eso el marxismo se equivocó creyendo que con el concepto de clase social estaba tocando el meollo del asunto, que bastaba con invertir la pirámide social y todos los problemas se resolverían. Detrás de las clases sociales hay una clasificación racializada, y el concepto de raza nos sirve

para decir que a la acumulación originaria (el paso lógico de dinero a capital) le precede una acumulación preoriginaria.

Cuando Europa no era nada en el contexto mundial, antes de la conquista del Nuevo Mundo, no tiene dinero para desarrollar capital. Previo a la *acumulación originaria*, hay algo *anterior*, que es el trabajo impago de millones y millones de indios y afros que con sus vidas ofrendaron las condiciones de posibilidad para el desarrollo del mundo moderno, y nunca se reconoció eso.

Entonces, hay una suerte de *transferencia de vida literal*, de plusvalor neto, de la periferia al centro; las materias primas van al mercado mundial chorreando sangre y vida de los dominados, de tal forma que el centro del mundo se nutre de la vida privada de los negados de la periferia. Esto produce, por dialéctica inversa, una *plusvalorización* de la vida del centro, como consecuencia de una *desvalorización* de la vida de la periferia. Eso ha hecho eficientes las relaciones de dominación global.

Entonces, si queremos encontrar el meollo para identificar dónde está el misterio de la dominación que, por cinco siglos, se ha expandido al mundo entero, lo encontraremos en el racismo, pero no como mera discriminación, sino como el *mito fundacional* de la modernidad, que hace posible este mundo dicotómico que ha producido una injusticia y desigualdad humanas nunca antes vistas en la civilización humana.

Muchas gracias.

Rondas de preguntas y respuestas

Primera ronda

- *Buenas noches. Para Rafael Bautista, estamos asistiendo en este momento a un enfrentamiento americano-chino. ¿En qué categoría ubicarías a la civilización china? Gracias.*
- *Bueno, primero que nada, quiero agradecer al hermano jilata vicepresidente por compartirnos su sabiduría ancestral y también a los ponentes por sus iluminadoras presencias. Mi pregunta es: ¿cómo podemos propiciar una lucha antirracista desde la plurinacionalidad, desde Bolivia, y que tenga irradiación en el Abya Yala? Mientras actualmente atravesamos por un profundo proceso de polarización social, ¿cómo podemos conciliar estos dos elementos? Muchas gracias.*
- *Buenas noches, para Rafael Bautista: se habla de estos escenarios como mitos, que ha explicado. ¿Cómo podemos interpretar que en este momento vivimos el reconocimiento a las comunidades indígenas? Por ejemplo, en actos electorales somos nosotros mismos quienes los categorizamos y los llevamos*

a una elección, diríamos una elección más de ciudad, más representativa, sin embargo, decidimos reconocer sus usos y costumbres y los capacitamos para una elección representativa. ¿Esto lo podríamos considerar como racismo o discriminación? Gracias.

Rafael Loayza

Una pregunta para los tres era cómo se puede irradiar la lucha contra el racismo en el continente. Es inevitable ver cómo el continente está ciertamente polarizado; no sé si llamarlo inestabilidad social, pero sí hay tensiones sociales que en algunos casos están arrimadas a distribución diferenciada del ingreso y a veces esa distribución diferenciada del ingreso está estructurada en términos étnicos y raciales, particularmente el caso de Bolivia es ese.

Cuando la diferencia estructural hace que alguna comunidad étnica esté menos favorecida económicamente y las comunidades no étnicas tengan mayor bienestar, eso, que no necesariamente es racismo, esa estructuración poscolonial, hace que el relato del otro como inferior o superior tenga sentido.

Sí, yo reconozco que mi perspectiva es muy sociológica, muy fenomenológica, pero entiendo que el metarrelato central que hace que esto funcione es esta idea, resultado de la calidad humana de unos y del proceso colonial. Entonces, la manera de resolver estas tensiones en el imaginario racial es eliminando la diferencia estructural, que es el reto mayor que tiene la humanidad, y la diferencia estructural es que unos tienen menos acceso a servicios básicos, educación, salud, bienestar y otros tienen más, y que esa diferencia está dibujada por las percepciones o los imaginarios raciales porque unos tienen una etnicidad y otros no.

En el momento en el que se eliminan esas brechas, ese imaginario del otro va a dejar de tener un sentido real, por lo tanto, es muchísimo más fácil combatir el racismo en el escenario fenomenológico de la interacción única rutinaria.

Entonces, yo soy de los que creen firmemente que, para combatir el racismo, primordialmente se tiene que generar una igualdad en las condiciones sociales de las personas sobre la base de que nosotros hagamos realidad el mito de la igualdad, el mito tal vez liberal de la igualdad, en el sentido de acceso y no en las diferencias culturales, étnicas, etcétera. En ese momento, la tensión racial se va a disolver porque ya no va a tener un sentido en la realidad, esa sería mi respuesta.

Elizabeth Huanca

Hace unos años, los líderes del Pacto de Unidad estaban reflexionando sobre los modelos de desarrollo, las políticas que se estaban implementando, y analizaban justamente este tema, estas relaciones racializadas, neocoloniales que también los atravesaban a ellos, los atraviesan en distintas esferas dentro de sus organizaciones, fuera de ellas, y a mí me pareció muy interesante una propuesta que hacían y creo que, a colación de lo que dice Rafael Loayza, podría ayudar precisamente a concretizar esta construcción de una sociedad más igualitaria, y era proponer que en todos los espacios de educación y de formación, ya sea desde el kinder, la guardería, pasando por el instituto de pastelería, de electricidad, llegando a los colegios particulares, universidades, etcétera; se puedan desarrollar materias o talleres que lleven a reconocernos unos con otros y nos permitan mezclarnos.

Una reflexión es cómo podemos exigir al “otro” que nos conozca si nosotros mismos no nos conocemos en la

diversidad de las regiones en que vivimos. No es lo mismo estar en Beni, Pando, en Tarija, y tener un modelo, por ejemplo, de gestión territorial, impulsar un modelo económico o promover, por ejemplo, sistemas productivos rentables, no va a funcionar 50 hectáreas en Santa Cruz, a diferencia de que en Oruro, en La Paz, ese tipo de cosas sí va a funcionar, y creo que es sumamente válido. Uno de los espacios que creo que ayudaría a desmontar estas construcciones, estas narrativas, sería precisamente todos los espacios educativos, donde podamos mezclarlos y reconocernos.

El otro elemento que creo que es muy importante es no dejar impunes los hechos racistas. No podemos seguir permitiendo que se siga etiquetando a un sujeto como salvaje, como bestia humana y dejarlo pasar porque solamente es un hecho político bajo una condición política y se justifica porque supuestamente pertenece a un bloque político. Yo creo que eso no se puede dejar pasar; tampoco se puede dejar pasar las humillaciones que han sufrido los campesinos, no se puede dejar pasar las humillaciones que han sufrido mujeres de pollera, en otras ciudades. Dejar con impunidad, sin sanción también es una forma de reafirmar esas relaciones racializadas y pasarla y dejarla así y permitir que se puedan justificar bajo otro tipo de narrativas.

Rafael Bautista

En la primera inquietud podría decir lo siguiente: cuando Edward Said escribió el libro *Orientalismo*, demostró que Europa no conoce el mundo, que la visión anglosajona de las relaciones internacionales de la diplomacia es una visión demasiado provinciana, a tal grado de que Estados Unidos, cuando aísla a China en contra de Rusia, que es el proyecto Kissinger, lo único que hizo fue potenciar a China y hoy

en día sus mismos analistas están reconociendo que fueron los gringos los que alimentaron la posibilidad de que ahora China sea la primera potencia mundial en todos los ámbitos, porque ya goza del paraguas nuclear de Rusia.

¿Qué quiere decir esto?, que la visión anglosajona del mundo, como no conoce el mundo y pretendió encapsular civilizaciones tan distintas en un solo concepto como es el Oriente, ahora está en un mundo que no sabe en qué está deviniendo la unipolaridad y el diseño geopolítico centro-periferia ha sido pensado exclusivamente para la administración anglosajona del mundo. No saben cómo enfrentar un mundo multipolar, no saben cómo enfrentar la aparición de las nuevas potencias emergentes, los BRICS.²

Es curioso, China no ha sido colonizada ni siquiera con la guerra del Opio, pero aun así le costó medio siglo reponer su tradición milenaria, a nosotros nos piden resolver asuntos en una década. Si China, que no fue colonizada medio siglo, con la revolución Cultural de por medio, que fue también cerrar fronteras a la influencia occidental, imagínense lo que nos va a costar a nosotros.

Ahorita, para nosotros, China es un referente de cómo, desde la propia tradición, la cultura y la forma de vida de uno, de un pueblo, se puede proyectar decididamente ese pueblo en cuanto a proyecto de vida. En ese sentido, cuando por ejemplo hablan de los usos y costumbres, hay que recordar lo siguiente: cuando Kant escribe, hace una normatividad de las costumbres; lo que está diciendo es algo que no es secreto y que en todo el mundo siempre ha pasado. ¿De dónde se origina el sistema jurídico que hace posible a un Estado?, desde el reconocimiento de que la normatividad propia de un pueblo contiene una eticidad y la eticidad es la costumbre.

2 Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica. (Nota del editor).

Es decir que de los usos y costumbres se produce por reflexión la eticidad propia de un pueblo, el carácter, lo que un pueblo en definitiva es, y desde ahí se puede deducir la normatividad propia que hace posible que un pueblo se regule a sí mismo, y de ahí se deduce el sistema jurídico que es el lenguaje estatal que hace posible la convivencia política de ese pueblo en cuanto a naciones. Entonces, ahí lo que los pueblos nuestros nos enseñaron cuando dijeron que el secreto de nuestra dominación está en la carta constitucional, nos están diciendo que el ordenamiento jurídico es totalmente ajeno a nuestra propia realidad y, si queremos dotar de contenido al Estado como Estado Plurinacional, hay que reconocer que, si queremos convivir de modo pleno un proyecto de vida, solo puede partir de nosotros, y en esto ahora también debemos ser amables en el siguiente sentido.

Cuando hablamos de los europeos, igual no estamos personificando nuestra crítica, no es maniquea. Nosotros recogemos lo mejor del pensamiento crítico, ya sea europeo, norteamericano, pero para dialogar con ellos, no para obedecerlos, ni para copiarlos porque, si de dialogar hablamos, nosotros tendríamos algo que decir, pero si no tenemos nada que decir, solo nos resta escuchar y obedecer.

Tenemos que enfrentarnos al pensamiento de punta de Europa, desde también un pensamiento de punta nuestro, producir nuestra propia eticidad. Producir nuestra propia normatividad, producir nuestro propio sistema jurídico. Ni Alemania, ni Francia e Inglaterra ni Estados Unidos, ninguno se copió el concepto de Estado del otro. No es lo mismo el concepto de *l'État* de Francia que el concepto alemán o que el concepto de *commonwealth* de los ingleses; no es lo mismo. Incluso ellos han producido sus propias filosofías; no es lo mismo el empirismo inglés que la filosofía clásica alemana o que el pragmatismo norteamericano.

Un proyecto de vida tiene que contener una filosofía propia, y esta filosofía propia tiene que producir una normatividad como la base sustantiva de lenguaje jurídico que hace posible la vida estatal.

Y, por último, ¿cómo se supera el racismo? No se supera con una ley, la ley es punitiva; solo puede hacer perceptibles los excesos, pero si el racismo es el marco categorial propio de la modernidad y un marco categorial quiere decir un marco hermenéutico que le permite a uno interpretar, percibir el mundo de un solo modo, entonces esto necesita de parte nuestra lo que tenía que haber sido el Proceso de Cambio en sus inicios, como la fidelidad en torno a lo que debía haber sido una revolución democrático-cultural.

Esto significa que no es un cambio teórico; es un tránsito existencial. Si el mundo moderno tiene mitos y son mitos de dominación, un sabio maorí dice: “si quieres conocer a tu enemigo, conoce a sus dioses, conoce sus creencias, conoce con qué sueña”. Y si nos metemos a los sueños del burgués vamos a encontrar puros mitos de dominación.

Entonces, necesitamos transitar hacia una nueva forma de vida, el reconocimiento de que el mundo también es un acto de percepción, es un estado de conciencia; y si nuestro estado de conciencia está en correspondencia con el mundo que tanto criticamos, este mundo sigue en pie, tenemos que dejar de creer en este mundo. Transitar hacia otro mundo significa transitar hacia otro sistema de creencias.

Solo podemos hablar de la Pachamama, del Vivir Bien, del *Suma Qamaña*, de todos nuestros códigos que nos enseña nuestro *jilata* vicepresidente si creemos en ellos. Si creemos en la Pachamama, entonces estamos haciendo un tránsito, estamos abandonando el mundo moderno y estamos haciendo posible la generación de un nuevo mundo, es un cambio existencialmente, no solo es un cambio teórico. Gracias.

Segunda ronda

- *Muy buenas noches. A mí me parece muy loable que estemos tocando este punto del racismo porque es una herramienta muy vieja y es la más utilizada en todas las civilizaciones y, a partir de esto, el ser humano ha venido con este tipo de discriminación que le han puesto categorías filosóficas, etcétera. Hemos escuchado muy bien lo que el hermano nos ha explicado, su trabajo de la Universidad Católica o las tribulaciones y las vicisitudes que pasan en nuestra cultura aymara también, o el enfoque de nuestro hermano filósofo que propone al modernismo como una filosofía y pensamiento eurocentrista. Está muy bien porque nosotros estamos calando esas ideas, pero lo que a mí me interesa más es la práctica. ¿Cómo logramos desplazar en nuestro país el racismo?, es decir, nosotros hemos crecido con un desprecio desde Olañeta, pero necesitamos una cronología que es fundamental porque ahí vamos a entender qué personajes son los que han calado hondo en el racismo en Bolivia. Por ejemplo, no oigo decir que el hombre más nefasto en nuestro país, en nuestra patria, ha sido Aniceto Arce, el hombre más nefasto que hemos tenido en Bolivia. Todavía sus monumentos siguen en todos los departamentos. Entonces necesitamos esa cronología, necesitamos que se conozca ese racismo a través del tiempo en nuestro país y vamos a aterrizar en que el racismo lo tenemos aquí, frente a nuestras narices y que están trabajando en base a eso, como decía el presidente de Uruguay que “la última batalla va a ser en el campo cultural”, y ahorita en el campo cultural están trabajando, en Santa Cruz, cada día están velando armas en base a esa herramienta vieja. ¿Cómo proponemos?, ¿qué estrategia realizamos?, ¿cómo despiezamos el racismo en Bolivia para que sea efectivo y práctico? Eso es lo que me interesaría saber. Gracias.*

- *Buenas noches, hermano David y a todos los panelistas. Estuve escuchando muy bien lo que decía el panelista Rafael Loayza y de todo lo que comentó, de todo lo que nos mencionó, yo me podría quedar con una mirada racial. Va la pregunta dirigida a usted: ¿la mirada racial nos deja entender que un país comunista podría dar un resultado igualitario? Esa sería mi pregunta.*

- *Muchísimas gracias. Muy buenas noches, estimado vicepresidente David Choquebuanca, y a todos los panelistas un cordial saludo. Creo yo que es muy importante reconocer que a raíz del nacimiento y la refundación del Estado Plurinacional han llegado a emerger actores importantes en nuestro país, hablese de mujeres y hablese de los pueblos indígenas. Estoy muy de acuerdo con lo que usted vertía estimado Rafael Loayza, en el sentido de que el reducir la desigualdad va a contribuir a nuestra lucha contra la discriminación y el racismo. Es más, uno de los objetivos de desarrollo sostenible en el marco de las Naciones Unidas es efectivamente la reducción de las desigualdades y también considero que la descolonización, la despatriarcalización, la discriminación y el racismo, son dimensiones que tenemos que afrontarlas en conjunto, y en ese marco la pregunta para usted, Elizabeth, ¿cómo la mujer puede contribuir a la lucha contra la discriminación y el racismo? Muchas gracias.*

Rafael Bautista

Alguna vez había señalado que yo abandoné la vida académica porque ya no creía en lo que enseñaban y me fui a aprender de nuestros abuelos, de nuestras abuelas, de las *wakas*, de la Pachamama. Para nosotros la naturaleza no es paisaje, es memoria, y cuando uno atraviesa esta experiencia empieza a

percibir que la racionalidad moderna no ha agotado las otras posibilidades de ejercer racionalidad y que nosotros estamos ahorita en la posibilidad de enseñarle al mundo entero a pensar de nuevo, a pensar de otra forma, como siempre nos recuerda nuestro hermano vicepresidente. Es que la gente no le entiende porque para entenderle hay que comprender entre líneas. Cuando él nos decía que él no lee libros, sino las arrugas de los abuelos, eso es una verdad que tiene que pensarse de modo sostenido y sistemático, pero no a la moderna, sino a nuestra manera. Solo desde ahí tiene sentido esa frase de que las arrugas de los abuelos enseñan.

Cuando queremos que nuestra Pachamama reciba a nuestros muertos, entendemos que nuestros muertos no están muertos, cuando entendemos que quien convive con la naturaleza no es salvaje sino quien la destruye, estamos, como quien dice, poniendo el mundo otra vuelta de pie y no de cabeza, porque ahí nos estamos enseñando que otra forma de pensar es posible, porque la dominación también es una forma de pensar y se traviste de proyectos de liberación.

En ese sentido, ir a otra forma de conocer es fundamental para empezar a exorcizar en nosotros la dominación como forma de vida y como forma de pensar, y creo que es lo único que nos ha de poder liberar realmente y ahí los mitos de dominación caen por su peso, lo sólido se desvanece en el aire.

Solo de ese modo uno puede entender que no solo otro mundo es posible, sino que es más necesario que nunca; y para afirmar la frase zapatista de que queremos un mundo en el que quepan todos, tenemos que despojarnos de los mitos civilizatorios que nos ha privado de una condición *sine qua non* de la propia condición humana. Somos seres naturales y humanizarnos quiere decir naturalizarnos. Solo en esa medida y en esa perspectiva podríamos transitar; es exigencia existencial de anticipar el nuevo mundo que estamos proyectando como realidad nuestra, como ejemplo de

vida, como lo que decía siempre el vicepresidente: caminar en el *qhapaq ñan*, en el camino de los justos.

Elizabeth Huanca

Gracias por la pregunta. Aunque las mujeres indias particularmente somos las doblemente racializadas porque es este factor, el racismo que se nutre también con la misoginia, el machismo y el patriarcado, ya sea por distintas condiciones, sea por la vestimenta, las actitudes, la forma de hablar, la forma de explicar porque como bien lo decía el hermano Rafael Bautista, el mundo dominante ya tiene sus formas de valorar, de cómo pensar, qué conocimiento validar, qué formatos, qué sujetos son válidos. Yo creo que a pesar de que hay esta doble racialización, hay un grupo de mujeres que está abordando las relaciones sociales y creo que esas son las pequeñas grietas que deberíamos explorar y potenciarlas y visibilizarlas.

Cómo lo está haciendo, por ejemplo, un grupo de mujeres que son empresarias –y no es que ahora están apareciendo nuevas clases económicas emergentes o burguesías aymaras–. Desde hace mucho tiempo teníamos ejemplos de mujeres como esta chola potosina que ha dominado la administración económica de las minas, y lo mismo tenemos ahora muchas mujeres andinas que están construyendo formas económicas muy exitosas, generando empleos para sus entornos, generando economía para el país, generando la reproducción de riqueza, mejorando condiciones de vida, dando oportunidades educativas a sus seres cercanos, familiares, ahijados y ramas comunitarias con las que se vincula, y ¿a partir de qué?, a partir de los mecanismos de la domesticación, de los mecanismos de la economía moderna, de esta economía fagocitaria, digamos, moldeándolas con

mecanismos propios, es decir, articulando, por ejemplo, tejidos de manejo de capital económico entre nosotras. Muchas de nosotras sabemos cómo manejamos la platita, cómo sabemos manejar y eso lo han llevado a niveles mayores, empresariales, han tejido esas mismas redes de colaboración, de capitalización en diferentes espacios. También están creando activos sociales nuevos, por ejemplo, la reproducción de la fiesta, aquí, en el Oriente boliviano, en el sur, está marcando un nuevo posicionamiento de un sujeto o una sujeta social, que ya tiene otro nivel de relacionamiento, otro nivel de prestigio, sus hijos, sus ahijados, sus yernos también lo van a tener.

Digamos que ese es un sector que lo está haciendo. Sin embargo, hay muchas otras mujeres, tal vez todavía son el grueso, que no están pudiendo avanzar en esto. Entonces, creo que se puede capitalizar estas experiencias para poder generar estos espacios de desestructuración de estos sistemas racializados, pero al mismo tiempo –y lo vuelvo a reiterar y tal vez reforzar– que un tema fundamental tiene que ver con la reducción de las desigualdades. No podemos seguir apelando, digamos, a esta capacidad, a esta forma de ser, sentirse, pensarse, de poder reinventarse, de transgredir, etcétera, si no damos condiciones adecuadas a las mujeres.

Para empezar, hay que luchar contra la violencia porque la violencia no solo está afectando únicamente a algún grupo de mujeres, está afectando absolutamente a todas, está quebrantando estas relaciones económicas; estas redes, por ejemplo, que se están formando, se están viendo totalmente quebrantadas por el machismo, la misoginia, la violencia, el feminicidio o la violencia contra las *wawas*.

Entonces, creo que hay un conjunto de factores que hay que analizarlos y hay que visibilizarlos. Lo que también es necesario para este aporte, digamos es dejar de inferiorizar a la mujer, a sus acciones y también a sus condiciones.

Rafael Loayza

Muchísimas gracias por las preguntas, voy a empezar por la pregunta de la compañera. Una pregunta sumamente difícil: ¿Qué sistema político puede tener mayor éxito en la lucha contra el racismo? Bueno, es como si yo, estronquista, estuviera sentado en la curva norte del estadio y me preguntaran: ¿Eres del Bolívar o de The Strongest? Un poco complicado responder, pero lo voy a hacer de la siguiente manera.

Digamos que las corrientes marxistas explican el racismo desde su estructuración a los niveles macrosociales y las corrientes sociológicas del liberalismo, desde su perspectiva fenomenológica en la acción social, a través del comportamiento de la agencia. Cuando vemos el resultado de la lucha contra el racismo en diferentes países, el Estado ha demostrado ser poco eficiente a través de sus modelos, ya sean, digamos, Estados socialistas o Estados capitalistas, porque el racismo parece ser transversal a esas políticas, y voy a dar un ejemplo específico.

En Estados Unidos el 18% de la población es afrodescendiente, de ese 18%, el 85,86% vive por debajo de la línea de pobreza, están en los sectores periurbanos y son la población más en situación de desventaja que existe en los Estados Unidos y el racismo cunde y está sumamente fuerte ahí. Pero si comparamos, por ejemplo, los Estados escandinavos, particularmente Dinamarca y Suecia, donde las comunidades desde la misma raigambre cultural afrodescendientes migrantes, descendientes de las sociedades esclavistas particularmente que han migrado de otras sociedades como Gran Bretaña, donde habían lo que se llama los afrocaribeños, hay menos desigualdad entre los afrodescendientes que viven y que tienen la nacionalidad de los países escandinavos con el resto de la sociedad y, por lo tanto, el racismo es menor.

Ahí tienen dos ejemplos de dos sociedades que podrían ser consideradas capitalistas y que tienen diferentes resultados. Entonces, no quiero comprometerme a decir cuál es el sistema que funciona mejor, lo que funciona es romper la brecha de la desigualdad, como decía precisamente la compañera. Por ejemplo, el problema del machismo, de las herencias de la sociedad patriarcal, tiene que ver con la diferenciación construida en los metarrelatos que impide que las mujeres tengan el mismo acceso al bienestar económico, educacional, político, etcétera, que los varones.

Donde funciona mejor la equidad es en esos países –y voy a poner otra vez el caso de Dinamarca–, donde el acceso a la educación, por ejemplo, es universal, y se ha luchado de una manera muy interesante para construir la equidad social. Así que la mejor forma no es ni el liberalismo ni el comunismo, sino romper la brecha económica y es así como mejor se eliminan las brechas.

Me voy a extender un poco en la pregunta final, que era una especie de reverberación de la anterior, sobre cómo hacer para luchar contra el racismo en la práctica. Bueno, hemos dado una fórmula que es disminuir las brechas de la desigualdad y es una tarea que se fijan todos los gobiernos y que es muy difícil de alcanzar en la práctica; no es tan sencilla, y voy a dar un ejemplo que me parece interesante.

En el censo del año 2001, el 62% de los bolivianos se autoafirmaba como descendiente de una de las comunidades étnicas de las 36 nacionalidades. Luego viene el Proceso de Cambio y en 2012 hay un nuevo censo y en el gobierno, donde se empieza lucha contra la discriminación racial, cuando se promulga la Ley Contra Toda Forma de Discriminación, donde hay políticas de descolonización, la autoafirmación étnica desciende de 62% a 42% y dos millones de bolivianos dejan de autoafirmarse étnicamente, un millón de bolivianos deja de hablar lenguas maternas.

Este esfuerzo que ha hecho el Estado por empoderar a las comunidades no ha funcionado porque los números para revertir la pobreza han sido interesantes, pero no suficientes, no han caminado eficientemente. Con esto quiero decirles que una política de empoderamiento, de descolonización, no va a funcionar si la diferenciación real, la diferenciación y estructuración de la distribución del ingreso, no se resuelve.

Entonces, voy a tomar las palabras de la compañera que me han parecido muy interesantes, hay que emprender una lucha integral para eliminar la desigualdad en cada uno de sus aspectos y así se va a lograr empoderar a las comunidades étnicas en un sentido de pertenencia nacional y volver a esta idea de la plurinacionalidad.

Palabras de cierre

David Choquehuanca Céspedes

No voy a agradecer a nadie porque la palabra “gracias” tampoco existe en nuestros idiomas, no hay. La están inventando algunos ahora, porque lo único que estamos haciendo es cumplir nuestras obligaciones. Es obligación de la FES organizar este tipo de conversatorios, es también obligación de nuestros investigadores participar en estas reflexiones, de nuestras autoridades también y de todos los que estamos aquí.

Simplemente estamos cumpliendo nuestras obligaciones y ni siquiera estamos cumpliendo las exigencias de vida que han sido codificadas en nuestra wiphala. No solo es luchar contra la desigualdad, nuestra wiphala nos dice “ni dos gotas de agua son iguales”. Por eso, nos habla de volver al camino de la semejanza y la diferencia. Nuestra wiphala nos dice que todos somos semejantes y al mismo tiempo diferentes. Volver a ese camino, pero cuando estamos hablando de que todos somos semejantes y al mismo tiempo diferentes, no estamos hablando solamente de los seres humanos.

Con el hermano somos semejantes, pero, al mismo tiempo, somos diferentes; con la hermana somos semejantes, pero, al mismo tiempo, somos diferentes. También somos

semejantes con una planta en cuanto a lo cósmico natural y somos diferentes en cuanto a lo específicamente humano hablando. Semejanza/diferencia que va más allá de la unidad en la diversidad. Eso nos está diciendo nuestra wiphala. Mientras, nuestra bandera nos está diciendo “unidad en la diversidad”.

Nosotros tenemos nuestro camino para superar muchas limitaciones. Tenemos nuestro camino para volver a ser porque hemos dejado de ser. Necesitamos volver a ser, y nosotros, desde el 2012, empezamos a caminar del camino del no tiempo al camino del tiempo.

Nuestros hermanos mayas, en su calendario, nos han dejado eso. No es el fin del mundo, sino que es el fin del tiempo y el comienzo del fin. Vamos a arribar un día a nuestro camino. Nuestros abuelos, nuestros yatiris dijeron: “Entonces nos convertiremos en piedra y dentro de 500 años volveremos a hablar 1532, 1533”.

Estamos cerca, estamos empezando a hablar, estamos en ese tiempo. Se trata de garantizar equilibrios. No es que otro mundo es posible, sino que nuestro mundo es posible. Ese otro mundo es nuestro mundo porque lo sabemos; nosotros no podemos ofrecer algo que no conocemos.

Tenemos nuestra wiphala, ella nos habla de nuestro *saphi*, de nuestra *anta*. Tenemos raíces, culturas, nuestro camino. El código *qhapaq ñan* está en nuestra wiphala. Tenemos nuestro ayllu, también está codificado en la wiphala y no es solo un modelo de organización de sociedad, es un sistema de organización de vida. Tenemos nuestro camino, hermanos.

Vamos a ir, vamos a despertar nuestra *sisá*, nuestro *larama*, nuestra rebeldía. Vamos a dejar de ser sumisos, educados y obedientes. Necesitamos cuestionar todo, interpelar todo, necesitamos interpelarnos a nosotros mismos. Estas conversaciones nos tienen que permitir eso.

Volver al camino del equilibrio –por eso hablamos del Pachakuti–, que es otro código que está en nuestra wiphala, *pacha*, garantizar equilibrio en todo tiempo y espacio. El retorno a ese camino de la armonía, de la unidad, de la paz.

Hermanos, todos tenemos que seguir trabajando junto a nuestras autoridades, junto a nuestras comunidades, junto a nuestras familias, a nuestros investigadores, junto a todos los países.

Todos somos hermanos y nos necesitamos, todos nos complementamos, necesitamos despertar nuestro *qawana*, que también está codificada en nuestra whipala.

Mirar más allá de lo que nuestros ojos ven, eso nos va a ayudar, poco a poco, a superar todo lo que nos hace daño, porque no solo el racismo nos hace daño.

Hermanos, un *jallalla* para todos nosotros. ¡*Jallalla!*

La y los autores

Rafael Loayza Bueno

Es comunicador social y sociólogo especialista en etnicidad, racismo y socialización política. Tiene una maestría en Teoría Social por la Universidad de Bristol. Se desempeñó como profesor de Sociología y Teoría Social en la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA) y la Universidad Católica Boliviana (UCB). Es autor, entre otras publicaciones, de *Las caras y taras del racismo: segregación y discriminación en Bolivia* (Plural, La Paz, 2018) y *Halajtayata, racismo y etnicidad en Bolivia* (Konrad-Adenauer-Stiftung, La Paz, 2010).

Elizabeth Huanca Coila

Es doctorante de la Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador. Master en Gestión y Políticas Públicas. Activista del indianismo-katarismo. Trabaja e investiga sobre derechos indígenas, derechos de mujeres indígenas, derechos ambientales, derechos políticos colectivos e individuales, democracia

comunitaria e intercultural y gestión territorial. Actualmente es miembro de redes de mujeres andinas.

Rafael Bautista Segales

Filósofo, director del Taller de la Descolonización. Escritor y profesor invitado en distintas universidades, programas académicos y de formación política. También se destaca como reconocido analista de políticas sociales, comunitarias y económicas. Autor de varias publicaciones sobre filosofía, teoría política, epistemología, geopolítica, entre las que se puede mencionar *Del mito del desarrollo al horizonte del “vivir bien”*: ¿Por qué fracasa el socialismo en el largo siglo XX? (2017) o *La descolonización de la política: introducción a una política comunitaria* (2014).

SERIE **CONVERSATORIOS**
EN DEMOCRACIA

N° 1

Este cuaderno inaugura la serie editorial “Conversatorios en democracia”, que es una iniciativa conjunta entre la Vicepresidencia del Estado Plurinacional y la Friedrich-Ebert-Stiftung (FES).

El propósito es impulsar espacios de diálogo plural y deliberación pública sobre diferentes cuestiones de interés colectivo en torno al proceso de transformaciones en Bolivia.

El tema de este primer cuaderno es *Racismo, factor de división y desigualdad*. La premisa es que el racismo, que está en el centro de las tensiones irresueltas de la historia larga en Bolivia, genera jerarquías basadas en el color (o pigmentación) de la piel. Así, en nuestras sociedades, es un factor de desigualdad, de explotación, de opresión, de división y de discriminación.



**FRIEDRICH
EBERT** 
STIFTUNG

